de la Reina niña, y por consiguiente la de la libertad, que entónces representaba de buena ó de mala gana.

Mientras tanto la guerra civil promovida por los fanáticos partidarios de Don Cárlos, tomaba mayores proporciones. En las provincias Vascongadas y Navarra existia el foco más ardiente de aquella sublevacion. Creyendo aquellas provincias amenazados sus fueros con el establecimiento de un régimen constitucional, y celosas por el mantenimiento de sus antiguas libertades, habian empuñado las armas para defenderlas, cuya circunstancia supieron aprovechar los carlistas atrayendo á su partido á todos aquellos entusiastas defensores de un régimen eminentemente liberal, que por un error se hallaron colocados en las filas de la tiranía, y sostuvieron su causa por espacio de muchos años, para esclavizar á sus hermanas las otras provincias de España.

Zumalacárregui habia organizado con un génio osado y emprendedor á los voluntarios vascos y navarros, y podia presentar á sus adversarios un ejército no muy numeroso aun, pero bien disciplinado, lleno de valor y decision, y dispuesto á emprender todo por alcanzar la victoria, persuadidos como estaban sus soldados de que al defender á D. Cárlos, defendian los fueros de sus provincias. Es cierto que en los primeros encuentros, y durante los primeros meses de la guerra, no habian sufrido más que descalabros y derrotas en sus encuentros con las tropas de la Reina Gobernadora; pero esto en lugar de desalentarlos les infundia mayor coraje, interesaba el amor propio de sus paisanos, y diariamente engrosaban las filas del ejército carlista.

El general Rodil era el jefe nombrado por el Gobierno de Cristina para perseguir y aniquilar á los carlistas en aquellas provincias, y se propuso hostigarlos sin tregua ni descanso, hasta lograr apoderarse del Infante rebelde, orígen y causa de la guerra. Aunque para ello contaba con fuerzas superiores á las de sus enemigos, no pudo conseguir en manera alguna su objeto. Más ligeros los carlistas, más prácticos y conocedores del terreno quebrado en que combatian, y siguiendo una táctica diferente de la que es permitida á las tropas regulares, burlaban las persecuciones del infatigable Rodil, y de sus generales de division, que no lograban nunca alcanzarlos por más que fatigaban á sus soldados con marchas forzadas. Es verdad que en los pocos encuentros que tenian, la victoria solia quedar por las tropas de la Reina; pero esto no podia ser causa para concluir con la guerra, cuando se trataba de unos enemigos hábiles, ligeros, y que se batian en su propio terreno, se desparramaban con la mayor facilidad, con la misma volvian á reunirse, y desesperaban á sus perseguidores. En las peñas de San Fausto, habia conseguido Zumalacárregui sorprender la columna del baron de Carandolet en 19 de Agosto, destrozándola casi por completo; poco despues sorprendió la retaguardia del ejército que lo perseguía, desbaratándola tambien, y aunque el ejército se volvió para atacarle, se encontró burlado; pues huyó el jefe carlista de entre sus manos, llevándose un rico botin. El dia 4 de Setiembre alcanzó en Viana una victoria de mayor consideracion, derrotando á la columna de Carandolet. Pensó entonces Zumalacárregui, tomando la ofensiva, arrojar á los cristinos del otro lado del Ebro, pensamiento atrevido que no hizo más que convencerle de su debilidad; pues fué rechazado en cuantas poblaciones atacó,

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación